

DE ESTE LADO Y DEL OTRO

Guillermo Samperio

4



Ediciones Papel de Envolver / Colección Luna Hiena
Universidad Veracruzana

Guillermo Samperio / *De este lado y del otro*

DE ESTE LADO Y DEL OTRO

Guillermo Samperio

4



Ediciones Papel de Envolver / Colección Luna Hiena
Universidad Veracruzana

Primera edición, 1982

Ilustraciones del autor

Diseño y dibujos de forros: Pepe Maya

Derechos Reservados, 1982, Universidad Veracruzana

Lomas del Estadio, Xalapa, Veracruz, México

AREA DE ARTES

Impreso y hecho en México

ISEN 968-590-036-1

DE ESTE LADO



*...en el trascendente de matar en
nosotros a esa farsa macabra de
la Muerte...*

Mario Roco de Luna

AMANECER



Quizá porque el sueño me llevó a un lugar lejano. Quizá porque durante la noche tu cuerpo navegó con el mío en los pliegues calmos de la blancura. Quizá porque al despertar, la recámara fue prolongación de la penumbra sepia del alba. Quizá porque al entreabrir mis párpados tu desnudez me llevó a la arena tibia de una playa virgen. Quizá porque tu sonrisa en la frontera de la duermevela te hizo leona apacible mirándome. Quizá porque en esa aurora, entre muchas, la habitación sólo fue tuya. Quizá porque solamente estabas allí, fuera del tiempo de los hombres.

MUJER CON CIRUELA

a Gabriela Becerra



A través de la puerta entornada se yergue la figura de una mujer. En la habitación hay una bullente mezcla de grises y blancos donde predomina la sombra. Detrás de la mujer, la ventana permite una luz pálida. Lejos del cristal se extiende un cielo nublado; de allí la penumbra clara. La figura ve hacia la puerta y sostiene en su mano derecha una ciruela grande y roja. Sus delgadas formas están inmóviles; resultaría difícil afirmar que palpita. Los ojos, habrá que imaginarlos; se diluyen en la tela plumiza que aparece a contraluz en el rostro. Sin embargo las sutiles líneas de ese mismo rostro insinúan la belleza donde las sombras viven un silencioso festín. La imagen alargada de la mujer sugiere una diosa lejana que sostuviera el símbolo del amor y el fuego. La luz, que parece emerger del cabello, crea una especie de peineta o tocado verdaderamente divino. Ella sigue inmóvil y callada, como esperando que un tiempo remoto termine de poseerla. El fruto sostenido es luminoso y todavía permanece rojo.

SIGILOSA



La sombra de tu andar
habita un pueblo
sencillo y apacible
en la vegetación
de mi largo deseo.

LA OTRA BOCA



Tu boca de aluminio está en mis ojos.

Beso esa informe hoja de metal
y me llaman absurdo, absurdo.

Pero nadie descubre el tacto fundido
que nos sobrevivirá, amor.

Cuando algún hombre escuche la guitarra
de nuestras caricias, sin darse cuenta
descubrirá mi beso, tus labios de aluminio.

ABRIL



Abril llegó y tú no apareciste;
simulabas venir en cada rostro
de las mujeres nuevas del ocaso,
sombras bellas que hendían mi esperanza,
empobrecida ya en el luminoso
ámbar, desperdigado por el cielo.
Ese lento bullir de fuegos tibios
no podía quemar aún mi invierno.
Levitaban arriba de tu casa
los insectos violetas y verdosos
de varias jacarandas contra el sol.
Era definitivo, abierto, abril,
igual a las mujeres que no fuiste;
era definitivo este lamento.

DUERMEVELA

De este lado de la puerta, la vigilia. Entro y el fulgor de la penumbra me ciega. Un penetrante aroma de mujer; el descanso de mis ojos. Los objetos duermen, apaciguados por el silencio. Sensual vértigo en el encuentro de luz y sombra. Escucho el sonido calmo de la mujer. Veo el paisaje brumoso y su horizonte blanco, interrumpido por las líneas de la mujer dormida. Una pierna continúa la forma del horizonte. La otra se adelanta, crea un triángulo que se aleja al fondo del paisaje. Viniendo de lejos se llega a las nalgas y sus círculos rompen el velo. Ellas son arriba del puente de la espalda, cuyo borde superior se transforma en hombro solitario. Los cabellos provocan la mancha más oscura entre los grises. Sobreviene un deseo agudo de internarme. Pero me quedo sólo a los pies de esa mujer.

PLAGIO Y DISCULPAS AL SEÑOR DE MORAES

a Silvia y Claudio Molina

Yo te pido perdón por amarte de repente...

V. de Moraes

Perdóname, Vinicius, por no pedirle perdón al amarla de repente. Entiendo que fue vertiginoso y he percibido ya su dolor. Pero si te dijera, si te contara que fue fotografía, diálogo en mi soliloquio, dibujo turbio, mujer nacida en humedad y luego piel y carne de mis canciones. Entiendo la dulzura de los que aceptan melancólicamente, porque ella así me lo enseñó en la temporada de lluvias. Ahora ya no la amo porque la amo tanto, porque la fortaleza se nos quebró entre las caricias y puedo reconocer, Vinicius, estar contigo en que el afecto que le ofrezco no tiene la exasperación de las lágrimas ni la fascinación de las promesas. El futuro lo agotamos en cada mirada, en cada mano que roza su cuerpo o el mío, cuando recordamos tus baladas. Hay otra coincidencia, si te dijera, yo también le pido que repose quieta, muy quieta, que deje que las manos cálidas de la noche descubran, sin fatalidad, la mirada estática de la aurora. Pero, Vinicius, no quiero pedirle perdón por amarla de repente.

ANOCHECER

a Araceli y José Antonio



Expulsé tu aroma a mi recuerdo. Extinguí el fuego de mis genitales. Borré cada una de las bocas que dejaste en mis labios. Cada uno de tus muslos, cada mano de mis manos y muslos. Me despoblé de ti y quedó la escenografía de la ciudad. Lloré con el deseo de sacar en mis lágrimas los rostros de tu deseo. Canté canciones al silencio para desvanecer la música de nuestras tardes. Ahorqué al pájaro del muro. Con meticulosidad destejé tus cabellos y puse una melodía negra para esfumar el color de tus ojos cafés. Todo esto, para convertir en pulmón seco mi alma, y sin embargo siempre persistió algo. El amor que salió de mi casa, regresó por la noche. Entonces, me desaté las piernas y los brazos. Dejé tirado el tórax en una avenida arbolada y eres tú la que escribe esto.

BUGAMBILIA

a Tere y Enrique



Tu ausencia en esta noche
no es ya mi soledad.
Tu olor, tu voz, tus ojos
surgen en el silencio
de mi cuerpo tranquilo.
Tu ausencia en esta noche
es una flor violeta.



EN MEMORIA DE LOS ENTRISTECIDOS

que de una vez se veyan, que se mueran pronto...

Jaime Sabines

*a Isabel,
Alfredo Pavón
y los otros muchachos*



Los entristecidos son reloj descompuesto
que nos mira con la torcedura de las manecillas.
Los entristecidos son una secta que nunca se reúne a
(llorar.

No se quejan porque ya para qué.

Serían una lágrima que llora otra lágrima.
En su mirada y en sus gestos
está el movimiento sutil de un río.
Existen en el juego de palabras y en su violencia:
no muestres tus lágrimas a este mundo idiota;
llora en las calles oscuras de Tuxtla
cuando la canción de Cohen y Dylan sea un mero
(recuerdo;

llora en el pecho de una camisa sin cuerpo;
llora a la hora en que estén todos dormidos y el iris
del sol comienza a meterse a través del cristal roto.

Los entristecidos toman mucho licor
porque es una manera de gemir hacia las entrañas,
una manera de entretener al félido que de otro modo
(saltaría,

apesadumbrado,
al cuello del sobrevivir.

Así son los entristecidos,
así mueren.

Si les pedimos que no más llanto, ellos responderán:
la higuera del patio tiene una rama quebrada;
hoy no tengo ganas de levantarme;
las casas crecen como vegetación sobre la vegetación;

me da miedo atravesar las avenidas;
en la tarde amanecí con el cuello torcido.

Saben que lo sin remedio es un amor por ganar,
que del pozo estéril salen cubos desbordados de rock
(melancólico,
que en la pústula interna hay diminutas flores,
que del nudo en la garganta puede brotar un brazo.
En fin.

Los entristecidos saben que a la soledad llega siempre
(un beso,
un grito,
una palabra más triste,
un vaso de vino amoroso,
un poema arrancado al suicidio,
una mano que nos acomoda el cabello.

(De entre los animales que medran en los entristecidos,
el león tiene un sitio predominante. Este carnívoro ofrece un silencio y un llanto tan potentes como la voz. A decir verdad, a los entristecidos no les interesa su voz; sólo retoman el mutismo y la forma de gemir de los leones. Respecto a la nauyaca no hay duda alguna, sobre todo en el caso de la especie te amo, serpiente que tiene vocación de sepulturero).

Los entristecidos llevan un león en el lugar del alma
y una nauyaca en el sitio de la querencia.
Los entristecidos quieren terriblemente

y llorán como leones silenciosos.
Su hora preferida comienza en la madrugada:
merodean sobre los tejas,
en el sueño del prójimo;
se contorsionan en la oscuridad vegetal,
se muerden a sí mismos en el callejón,
cambian de piel en los hospitales.
No se les arranca ninguna protesta autoritaria;
pocos saben de su existencia.
Cofradía líquida.

Los oyen bailar en un segundo piso
y los toman por alegres, por ruidosos,
aves de escandaloso aleteo.
Si supieran, si observaran
la manera del vocerío y las vueltas del baile,
los movimientos de la víbora y las patas llagadas del
si pudieran escuchar (félido;
por una rendija las palabras que profieren.
Esto es sólo dado a otros entristecidos.
Y otros entristecidos, al escuchar la fiesta del llanto,
botellas en sus casas, (abren
se desvisten del cansancio y permiten
que el aroma del limonero entre al cuarto de música.

Los entristecidos no conciben la belleza sin cicatriz,
como el presente que es también el futuro,
como la caricia que es un poco tierno picotazo,

como una mano con las uñas mordidas.
Los entristecidos aman
el poema dolorido,
las arañas de la película,
los recados en la pared;
aman el trazo torpe,
la picazón del pasto,
las ramas vencidas de los árboles.

Mucho hacen con seguir subiéndose a los camiones,
leyendo literatura perfecta,
mucho hacen con ir de compras
y habitar casas de concreto,
mucho hacen con quitarse los zapatos al amanecer,
amándose desnudos.
Mucho, en realidad, hacen.

Pero hay un asunto sobre el que no existe duda:
los entristecidos son los perfectos amorosos.

DEL OTRO



*Nada de aquel afán de ser luz en el aire
y vagar otra vez, perdido en el espacio*

Octavio Paz

Tú ponte en mi lugar, haber qué harías

Juan Gabriel

MIMODO

a Gúmer Fernández



Ahora hago el ridículo
de la soledad.
Soy el merolico
que habla a solas
con los mirones.
Le pinto chapas al rostro
de tu ausencia,
la calzo
con grandes zapatos
y la pongo a jalar tigres,
elefantes de sombra.
Yo camino sobre el tenso cable
del silencio
con ganas de caerme,
de que no haya red.

TODO SE DERRUMBO . . .

Manuel Alejandro

a Carlos Mapes, el otro del club



Como un golpe fantástico de dados,
almas, anhelos, dudas coincidieron
en ciertas oficinas de la Roma.
Mujeres bellas, lúcidas, formaron
la maravilla tierna de los hombres
en lento transcurrir de años profundos.
Las miradas, el tacto, las palabras
fueron creando una vida concordante,
discordante, compleja, muy sencilla,
en las diversas caras de los dados.

Este abril ya se está precipitando,
se pierde, se diluye y no tendremos
otro abril ni otro junio ni otras lluvias:
viene el golpe de dados novedoso,
triste, que nos pondrá ante ajenas almas,
nunca jamás las mismas ni la misma
gran jugada fanfástica del tiempo.

28 de abril de 1982

EL HOMBRE DE NEGRO

a *Helioflores*



Un hombre embozado en su capotón negro, con un sentimiento hundido en el pecho como estaca, de manera subrepticia viola el tiempo donde existió y viola las oficinas de concreto. Sube, emocionado y misterioso, por las escaleras de servicio. Si escucha algún ruido, detiene el paso, lleva la mano derecha a la empuñadura de su sable y espera que el peligro se aleje. Sigue subiendo, mientras en su pecho ahora juguetea una canción plateada que susurran voces negras: sólo tú. Llega a un piso muy extraño y sabe hacia dónde dirigir sus pasos. Penetra en la habitación del fondo, donde el aroma a mujer es tan fuerte que él lo reconoce al entrar. Aspira hondo para llevarse en la memoria esa presencia que en ese momento es sólo silencio y penumbra, tiempo perdurable y trasfigurado. El Hombre de Negro mete el brazo debajo de su largo capotón, hurga en el pecho como sacándose una estaca, y extrae una flor luminosamente amarilla, una flor que él trajo del tiempo, cultivada tal vez en la zona norte de San Marino. La deposita en un florero de barro y sale, por demás, de manera subrepticia.

LOS LEONES TAMBIEN LLORAN

Gato Barbieri

a Marcela Fuentes



ti te parió la leona que canta rock melancólico, la leona impávida que de vez en cuando, sonámbula, devora hombres uniformados y ruga en el insomnio compañero. Esa misma leona me parió también a mí. Oh, madre escandalosa, torpe, chillona, tienes las piernas plagadas de culpa. Déjanos lamerte las heridas que te ha provocado la ciudad, ponerte una de esas canciones que hablan del vidrio y los lirios, del fracaso y del llanto rabioso, de amores cornudos y pequeñas muertes. Permítenos acompañarte a tus correrías nocturnas en tus ojos vacíos, en tu vientre de sueño, entrar contigo al cabaret, a la parroquia. Déjanos mamar de tu potencia diluída el reconocimiento de las espadas de madera que todavía hieren, permítenos prendernos de tus pezones de hojalata. Madre que musitas rock melancólico, ese rock que dejas escapar mientras duermes y que es nuestro sueño y nuestro desayuno y la pócima reconfortante los días de muerte. Madre, no te disgustes porque sufrimos desde tu voz afónica, llévanos en tu lomo cuando atraveses, temerosa, las calles oscuras. No te enojas porque somos tus garras y tu canto, no nos quites el dolor feliz, esas lastimaduras que nos provocan tus ubres. Déjanos morir con estos vestidos, con estos pantalones, con estos cabellos, con estos besos, con estos vidrios y lilas. Permítenos escuchar tu sueño, mientras agonizas.

POBRE CANCION

a Enrique, Félix y Rafa



Salta hacia mí en un movimiento en el que nunca llegas. Surges y te desvaneces mostrando sólo tu piel blanquísima de leona. Apareces como una señal suspendida en la oscuridad del valle. Distingo las formas de tus músculos. Tu mirada brilla en lo alto de la memoria.

Estoy seguro de que a veces eras la leona que atravesaba la calle, o la que veía desde el vidrio en que miro el paisaje fantasma de tu vegetación, pobre animal.

Sé que para hallarte es preciso abrirme paso en otra vorágine. Los días pasan y mis botas no se hunden en la arena movediza. Mi guadaña ha perdido filo, mi guadaña es la memoria impaciente, signo de una muerte iluminada por luz de neón. Y no te encuentro, leona triste.

Tal vez presientes una desgracia prematura, el golpe contra el espejo. Comprendo que no llegues nunca y te pierdas en el polvhumo de la ciudad. Yo tampoco estoy en el esplendor de tu sombra.

No he podido cruzar la última avenida y percibo ya tu respiración. Sé que en alguna casa se encuentra una leona que gime, atrapada en una jaula de amor y vasallaje. Roe los barrotes de su carne, carnívoro melancólico.

No te hagas más daño. El olor de tu sangre me enloquece. Grito ante el río negro con el fin de que sus-

pendas el sacrificio. Ese olor lleva más vértigo en tu salto. Prefiero llenarme de signos que masturben mi soledad.

Y como siempre, leona, como siempre que fracaso, tomo mi pobre armadura de final de siglo y en la esquina toco una de esas melodías viejas que tanto te gustaban. Mi voz traspasa el cauce de la oscuridad y a pesar de que no alivio tus heridas, sabes algo de mi pesadumbre y desesperanza. Por lo menos sabes que no estoy tan lejos y detengo tu hemorragia, leona triste. Quizá, después, sí te suicides.



Te estoy perdiendo, amor, y no lo sabes.

Llegas con la sonrisa en la humedad
de un día sin batalla, ciegas luces
habitan tu mirada y tus noticias.

Te pones cerca, aquí, donde mis brazos
—nicho ausente de amor— se intuyen débiles
guerreros que no encuentran su razón,
ni triunfo ni derrota en tus caderas.

Me hablás bien de la lluvia y eres diosa
en la distancia eterna y la victoria
sin combate y te estoy perdiendo, amor.

Aunque mi alma debido a ti transcurre,
no has visto que la tuya lo hace en ti,
mientras muere mi tiempo y no lo sabes.

LA PESADUMBRE VIENE CON MIS PASOS



La pesadumbre viene con mis pasos,
sube los escalones que yo subo,
penetra la oficina con silencios.
No le importan los muebles ni la alfombra.

*Como ella, mi alma vive en la humedad,
la humedad en la ausencia de tus senos,
tu pubis en la zona de fulgores
castaños, los que no matan mi muerte.*


Los muebles de oficina ven que muero
y muero sin que tenga ya tu amor,
el sable luminoso de lo eterno.

Baja, ven y de un solo tajo acaba
con esta pesadumbre y el silencio;
con mi estúpida muerte y luego ámame.

LA SEÑORA MELANCOLIA

a Alma

1

a melancolía no te acompaña, no se acercó sigilosa, no saltó sobre ti. La melancolía es tu piel. El melancólico, en las piernas, los hombros, la mirada. Herido, herido en algún lugar del alma. Del alma, exactamente, tajos en el alma. La melancolía es tu piel, saludas melancólicamente, comes, fumas, te falta el sueño, sobrevives. No te acompaña, no te perseguía, no te puso trampa alguna, no vino de aquel amor, no cayó como si el cuchillo fuera ajeno.

2

Ella nos ama, por eso es terrible.
Cuchillo amoroso, puñal entrañable.
Rostro de navajas.
Es un perfecto corte sobre el alma,
fracturas hechas ante la querencia.
Araña de metales.

3

Hoy los cuchillos de la melancolía han entrado en mi alma. No es nuevo, sin embargo, este lamento. Algún

día, brillantes, sin remedio, justos y definitivos, caen.
Caen y cortan, sin lugar a duda, a cualquier hora. Una
mañana, frente a mis hijos, mi esposa, ante el vaso de
leche, en la oficina, a finales de febrero, caen, pene-
tran, luminosos como un amor nuevo, y cortan.

4

Coraje contra la melancolía, buen aviso para mi tristeza.

¡Coraje contra la melancolía!, les advierto.

Amigos, vayan cautelosos, escudriñen, coraje.

Coraje, porque entra de frente, cae, corta, penetra.

Tasajea por las noches, hacia el mediodía, siempre.

Coraje, amigos, cizaña, contra ella, la de los cuchillos.

Hasta el último minuto, con un trago y la espalda

(luminosa.

Quítense los vestidos, pónganle un lugar en sus mesas
a mi nombre, si los vence.

De este lado, p., 5

En memoria de los entristecidos, p., 17

Del otro, p., 23

Bajo el rectorado de Héctor Salmerón Rolz, se terminó de imprimir *De este lado y del otro*, número cuatro de la Colección *Luna Hiena*, de las *Ediciones Papel de Envolter*, el día 31 de agosto de 1982, en los talleres de "El Lema", en la ciudad de Xalapa, Veracruz. En su composición se utilizaron tipos Stymie Ligth de 8, 10 y 12 puntos, Stymie Medium de 12, 14 y 18, Modern de 10 y 12 y capitulares de 36 puntos. Formaron Emilio Galindo y Gilberto Macías e imprimió Antonio Rodríguez Zárate sobre papeles de estraza y cartulinas minagris. La edición consta de 1000 ejemplares y la cuidaron Carlos Juan Islas y Angel José Fernández.



Colección Luna Hiena



Guillermo Samperio (Ciudad de México, 1948) es el mejor narrador de su generación. Lo demuestran sus cuentos magistrales de *Miedo ambiente* (Premio Casa de 1977) y *Lenín en el fútbol* (casi toda su obra hasta 1978) y la originalísima prosa de *Manifiesto de amor* (1980) y *Textos extraños* (1981). Ha obtenido valiosos premios y es editor conforme a la vieja escuela. Este es su primer volumen de poesía.

Xalapa, 1982

Area de Artes